

**¿Y YO QUÉ PINTO AQUÍ?**

**Para Andina**

*A donde quiera que vayas, ahí estás*

Jon Kabat-Zinn

Atención plena, mente plena, conciencia plena, vigilia del aquí y ahora, procurando, sin empeño, dejar pasar el incesante flujo de pensamientos que genera nuestro cerebro: solo observarlos, sin juzgarlos. Para el Mindfulness, el decurso de la existencia debe consistir en una sucesión de ‘aquís’ y ‘ahoras’, que en castellano se conjuga con el presente de indicativo y el gerundio de los verbos ser y estar: se es estando, en el aquí y el ahora. Cualquier acción de la vida cotidiana es susceptible de ser sometida al mandamiento de la estricta contemporaneidad entre mente y cuerpo, sea comiendo, lavándose las manos, sentado en postura de loto o caminando.

Años de práctica del Mindfulness me procuraban saludables resultados de relajación corporal y sosiego mental, mas no el cumplimiento cabal de presencia plena en el aquí de mi cuerpo y el ahora de mi mente. Por más afán sin propósito que ponía en la tarea, mientras me lavaba las manos podía estar contemplando una familia monos aulladores en la frondosidad de la selva de Costa Rica; mientras mis mandíbulas maceraban el huevo duro de la cena, degustando

un ceviche de pescado en un pueblito costero del Perú; mientras mi cuerpo permanecía sentado en postura de loto, meciéndome en la hamaca de una palapa, en un poblado del Yucatán; mientras mis pies caminaban por el parque vecino a mi casa, navegando en un peque-peque por los meandros del río Ucayali, en la selva amazónica; sentado en un banco tomando el sol, sesteando en un palmeral en medio del desierto, en Mauritania.

Había, sí, momentos en los que, asido al ritmo de la respiración, con la atención puesta en la sensación sutil del aire entrando y saliendo por mis fosas nasales, o contando una y otra vez de uno a diez, lograba sincronizar el aquí del cuerpo con el ahora de la mente; pero eran instantes fugaces que solo duraban lo que tardaba en irrumpir en mi cabeza la interrogante que había marcado importantes hitos de mi vida y que, por más afán sin empeño que ponía en ello, tardaría en resolver.

Me llevó bastantes sesiones de neófito en la práctica de la meditación darme cuenta de que el obstáculo era yo mismo con mi insistencia en dar satisfacción a la duda, que, a la espera de su correspondiente solución, yo mismo retenía mientras elucubraba. Avisado del problema, corregí y en el mismo instante en que por primera vez puse el remedio de la no especulación la interrogante prosiguió su decurso, eso sí, para no dejarme ni un segundo de satisfacción, pues tan pronto desapareció el signo de cierre por el lado izquierdo de la pantalla de mi imaginación, irrumpió por el lado derecho el signo invertido tirando de la duda, para ya no dejar de transitar

por mi cabeza de modo reiterativo, cual neón luminoso, por más que intentaba desviar mi atención contando hasta diez o focalizándola en la respiración.

La cosa empezó muchos años atrás, en mi pueblo, una de aquellas noches de largos, cálidos y adolescentes veranos de pandilla que solían culminar al amanecer en el obrador de bollería, desayunando hojaldres con azúcar y tronchados de la risa con los chistes y las ocurrencias del Gallero, el dueño del negocio. Sucedió de repente, en un momento en que me encontraba abstraído en un rincón, imaginándome estar en el Machu Picchu peruano tocando con mi flauta dulce el Condor Pasa, puesto de moda por Simon y Garfunkel. En ello estaba cuando un estallido de carcajadas me sacó de mi ensueño, para darme de bruces con el primer “¿Y yo qué pinto aquí?” del que tuviera consciencia, cuya respuesta en ese momento no supe darme de modo razonado y resolví la tarde de aquel mismo día pidiendo a mis extrañados padres que el siguiente curso me matricularan en un colegio de la capital, donde acabé compartiendo dormitorio con tres compañeros más que, como el resto de los internos, menos yo, estaban allí por imperativo familiar.

Un día cercano al final de aquel curso, estando ausente en plena clase de latín, con mi imaginación puesta en el salón de la casa vacía de mi abuela, contigua a la de mis padres, donde los de la pandilla hacíamos guateques, de repente me vi asaltado por la misma interrogante, que, vete tú a saber por qué, esta vez me dio por traducir con la ayuda del diccionario que tenía sobre el pupitre: “Et quid hic pingo?”. Pregunta

carente de sentido ni sintáctico ni semántico, y que resolví diciéndole a mis ya algo preocupados padres que volvería al instituto del pueblo para terminar allí el último año del bachillerato. Un guateque en el que se bailaba “suelto” o “agarrao” valía más que las siestas primaverales que, a la salida de clase, me pegaba en el patio de los naranjos de la maravillosa mezquita.

Culminado el último curso del bachiller, una noche de aquel cálido, largo y juvenil verano, estando en mitad de un olivar inundado por la luna llena, junto con otros cinco pelánganos y pelánganas más apelotonados en el interior de un vetusto Seat seiscientos y con la música de Pink Floyd a todo trapo, ellos descojonados con las risas tontas por efecto del porro y yo, que no fumaba, en la California Dreamin' de The Mamas & the Papas, haciendo el hippie por las calles de San Francisco cantadas por Scott McKenzie, con mi chaqueta de cuero de flecos y flores en el pelo, al escuchar a David Gilmour desearme “How I wish, how I wish you were here”, en mi rudimentario inglés aprendido de los discos de vinilo le pregunté: “And what I am painting here, David?”. Él siguió a lo suyo y yo solventé la cuestión diciéndole a mis ya resignados padres que quería hacer el COU no en alguna de las capitales cercanas, como la mayoría de mis amigos, sino en Madrid.

Y en Madrid estuve medio curso divagando por una sucesión de posibles carreras, que iba descartando, porque no me veía pintando en ninguna de ellas, y el otro medio curso con la opción de Psicología. Hasta que, a un par de semanas de los exámenes finales, uno de mis profesores me informó de

que el siguiente curso se instauraba una nueva licenciatura de Sociología. Vale, Sociología, me dije, atraído por no sabía muy bien qué y sin darle demasiadas vueltas al despeje de Psicología.

Primer curso de carrera. Salgo un día de la clase de Introducción a la Antropología Social, la asignatura que más me atraía de todas, me voy va a tomar un café y un croissant antes del coñazo de la clase de estadística, incursiono en el bullicio de la cafetería y, sin beberlo (el café) ni comerlo (el croissant), y sin verla venir, venga: “¿Y yo qué pinto aquí cinco años?”, cuya respuesta fue salir pitando a la secretaría de la Facultad. “Buenas ¿puedo matricularme de dos cursos a la vez?”, “Cuántos años tienes?”, “Diecinueve”, “Entonces, sí”. Pues palante, me dije, el curso que viene segundo y tercero juntos, después cuarto y luego quinto de la especialidad de Antropología Social. Cuanto antes termine aquí, mejor.

Y por primera vez, ya en la especialidad, creí encontrar si no ‘la’ respuesta, al menos ‘una’ respuesta a la recurrente interrogante en el diagnóstico vocacional de la antropóloga Margaret Mead. Venía a decir que quien no se encuentra a gusto consigo mismo hace Psicología, quien no se encuentra a gusto con su sociedad hace Sociología, y quien no se encuentra a gusto ni consigo mismo ni con su sociedad, se decanta por la Antropología. No tenía yo muy claro hasta qué punto los motivos aducidos por mi futura colega me habían llevado a descartar Psicología y Sociología, ni tampoco dediqué demasiado esfuerzo para aclarármelo, abducido como estaba

por la promesa de horizontes lejanos y exóticos que me ofrecía la especialidad que había elegido.

Culminada la licenciatura, me dispuse con el mayor de los entusiasmos a realizar mi primer trabajo de campo etnográfico, si bien había de reconocer que, desde el punto de vista relativista y etnocéntrico, el primer horizonte tenía poco de exótico y mucho menos de lejano, pues se trataba de una apartada cortijada situada a poco más de cien kilómetros del pueblo donde me había criado, y que si de alguna manera cumplía con el prurito de objeto exótico, más bien era fruto de la ilusión que puse en el hecho de encontrarme en mi condición de antropólogo viviendo solo en un cortijillo abandonado en una aldea dispersa, sin luz eléctrica, y donde había que acarrear en mulos el agua desde los pozos del valle. Ilusión que la evidencia empírica fue apagando paulatinamente hasta un día de agosto, estando sentado al atardecer en mi silla de enea a la puerta del cortijillo, mientras fumaba mi pipa de antropólogo, perfectamente asimilado a aquél entorno social, tan parecido al de mis infantiles estancias veraniegas el cortijo de mis abuelos, de repente me vi sorprendido y no menos alarmado por... exacto, esa misma, si bien esta vez, para mi tranquilidad, la interrogante solo ponía en cuestión el estar geográfico y no el ser profesional. Al fin y al cabo, me dije tras dar una larga y reflexiva chupada de pipa, la antropología no solo consiste en hacer trabajo de campo etnográfico, sino también en teorizar, analizar, escribir y publicar la correspondiente monografía. Y qué sitio mejor para hacerlo que en l'École des Hautes Études en Sciences Sociales de París.

Comparada con la cortijada andaluza y el hispano gris tardofranquista de aquellos años previos a la Movida madrileña, la vida en la capital francesa me supuso una iniciática inmersión en el ambiente multicultural imperante en las aulas de l'École, en la Cité Universitaire, donde residía, en las *soirées* de los fines de semana, las exposiciones, los conciertos, en el metro, en las calles y en los cafés. Disfrutaba a todas horas y por doquier de la sensación de alteridad que me ofrecía cada momento, cada situación, cada encuentro, cada clase, cada seminario, convencido de que, ahora sí, me había librado para siempre de la perturbadora interrogante, ya aludiera al yo psicológico o al yo social, pues por primera vez en mi vida tenía la impresión plena de estar donde yo quería estar y en la condición deseada. Certeza que alimentaba en mis frecuentes visitas al Museo del Hombre, deambulando entre las vitrinas que mostraban objetos procedentes de los más recónditas y exóticas culturas del mundo, dejando volar mi imaginación a su libre antojo.

Un miércoles de mediados del curso en que asistía a una de las concurridas clases magistrales abiertas al público que impartía Claude Lévi-Strauss en el aula magna del Collège de France, llegué pronto para coger un buen asiento, antes de que el salón se atestara de devotos asistentes, por lo que tuve que esperar a que el filósofo Michele Foucault terminara su lección sobre Subjetividad y Verdad. Cuando terminaron de salir los desengañados, entré en el aula y sólo quedaba un joven subsahariano sentado junto a uno de los enormes radiadores situados al fondo del salón, dormitando plácidamente con la

cabeza apoyada en la pared. Yo hubiera preferido sentarme en alguna de las primeras filas para estar más cerca del maestro, pero a mi ya por entonces disciplinada conciencia le pareció que semejante gesto podría interpretarse como un acto impropio de un antropólogo y en un acontecimiento como el que estaba a punto de celebrarse allí. Con que fui a sentarme en la silla contigua del joven, para no dejar el mínimo resquicio a la sospecha de xenofobia en un profesional adepto a la xenofilia.

Una vez el aula se hubo llenado hasta los topes, con gente de pie en los espacios que quedaban libres, el maestro hizo acto de presencia y, en medio de un sacramental silencio, ascendió con parsimonia al estrado, dijo “Bonjour”, y comenzó a disertar sobre las relaciones de parentesco entre los bororo de Brasil.

Hacia la mitad de la conferencia, mi atención ya se había desenganchado hacía rato de la plática del maestro y en mi imaginación andaba yo con el magnetofón y la cámara de fotos colgados del hombro por algún poblado del Mato-Grosso brasileiro rodeado de nativos bororo, cuando me sobresaltó un suave golpe en el costado izquierdo que me hizo tornar la mirada, para encontrarme con la enorme sonrisa blanca del joven subsahariano que, dormido, había apoyado sin querer la cabeza en mi hombro. “Pardon, pardon, Monsieur, excusez-moi, je suis desolé”, se apresuró a disculparse completamente azorado. No parece que le interese mucho la conferencia, le susurré. “Pas tellement, Monsieur, je ne suis pas un étudiant”, susurró él a su vez. ¿Y si no es estudiante, qué hace usted aquí

entonces?, le pregunté. Me respondió que era un refugiado maliense y que aprovechaba las conferencias abiertas al público para resguardarse del intenso frío de la calle junto al radiador. Y además de refugiarse del frío, repuse yo divertido, se ve que las conferencias también le ayudan a dormir. Normalmente, adujo él, procuro mantenerme despierto para disimular que no soy estudiante y hago como que tomo notas, dijo señalando con el rostro el cuaderno de pastas raídas que tenía sobre el tablero de la silla; pero en la clase del profesor anterior me ha sido imposible evitar el sueño. Explicación que me provocó una repentina y sonora carcajada, secundada por otra del maliense, que de inmediato reprimimos por el siseo reprobatorio circundante. Tras un intercambio de sonrisas cómplices y alzadas de hombro inculpatorias, el refugiado regresó a su somnolencia y yo a mi conferencia.

Me costó cierto esfuerzo despejar de mi cabeza el cachondeo mental que me había provocado el efecto somnífero que el discurso foucaultiano había ejercido en mi vecino de silla y retomar el hilo levistraussiano, al que solo me mantuve agarrado los escasos minutos que tardó en cortarse de nuevo por un repentino “Et qu’est-ce que je fous ici?”, viéndome allí sentado frente a un eminente antropólogo de mirada distante, subido a la tarima y perorando sofisticadas teorías sobre Otros lejanos y abstractos, y a mi lado, pegado codo con codo, un otro genuino, real, empírica y físicamente visible, tangible y audible. Respuesta: yo no había hecho antropología para quedarme en una etnografía de paisanos demasiado parecidos a mí ni tampoco en el aquí de la teoría académica, por

glamurosa que fuese, sino para andar en el más allá de la antropología exótica. Certeza que terminé de confirmar tras salir de la conferencia e invitar a almorzar a Abdoul en un café del boulevard Saint Michel y luego pasear los dos por el parque de Luxemburgo, y que para mí y quien quisiera escucharme mantuve firme mientras cumplía con mis obligaciones docentes en el departamento de Antropología, de vuelta en Madrid, y escribía la debida monografía correspondiente a mi primer trabajo etnográfico. Hasta que conseguí un sabático para irme de trabajo de campo.

Al Perú de mis ensueños. Un año de inmersión plena en la región andina del Cusco, con banda sonora de quenas y zamponas, con sus gentes, sus creencias y sus mitos. Horas de lecturas de libros, artículos y documentos, de participación en seminarios y conferencias, de observaciones participantes, participativas y disimuladas, de entrevistas grabadas y conversaciones espontáneas, de andar sin remedio ya subiendo ya bajando por vertiginosas carreteras en destartalados y vetustos autobuses o en el cajón de camiones, entre las cotas de los tres mil y los cuatro mil metros de altitud, en un ambiente endemoniadamente violento, protagonizado por la guerrilla de Sendero Luminoso y el ejército, con algún estallido de bomba y disparos no lejos de mí, asaltos en las carreteras, y una alocada cotidianidad contaminada por una hiperinflación desbocada. Pese a todo, aquel año supuso una intensa, emocionante y fructífera experiencia vital, que vino a conjurar cualquier posibilidad de duda profesional y que alcanzó su epifanía hacia la mitad del año de trabajo de campo,

con motivo de mi ascensión hasta los 4.800 metros del nevado Ausangate, para etnografiar la romería al santuario del Señor de Qoyor Riti.

El taxi me recogió puntual a las seis de la mañana y cinco minutos después me dejó en un descampado de las afueras de la ciudad, punto de salida de los peregrinos del Cusco. Saqué del maletero mi mochila, la tienda de campaña y el saco de dormir que me habían prestado y el taxista me señaló un camión aparcado junto a un puesto de comida. Me acerqué, pregunté al conductor si tenía sitio y con una lacónica alzada del brazo me señaló el cajón del camión. Me acomodé como pude sobre un saco de papas, entre una señora de abultada falda pollera y un viejo escuálido que portaba en su regazo una hornacina con la imagen de una virgen. Algunos hombres llevaban instrumentos musicales: un violín, un saxofón, un arpa, un trombón, un bombo. Por lo demás, nada indicaba en sus hieráticos rostros somnolientos que se disponían a participar en una de las fiestas más concurridas de la cordillera andina, a la que asistían miles de romeros procedentes de los más recónditos puntos de la región, desde la selva al altiplano.

Empezaba a caer la tarde cuando el camión se detuvo en un llano, junto a una escuelita situada al costado de un valle. A partir de ese punto, ya sólo era posible continuar subiendo a pie con los abalorios a la espalda o a lomos de caballo, para recorrer los nueve kilómetros del empinado sendero que llevaba hasta el santuario del Señor del Qoyor Riti. Una gran masa de gente, llegada en los camiones aparcados en un rellano, acampaba en grupos distribuidos por 'naciones', término que los identificaba según sus lugares de procedencia. Me acerqué a la escuela y, a la vista de la

gente que ya había instalada en su interior, me apresuré a ocupar uno de los escasos huecos que quedaban. Reservé con mis bártulos un espacio en un rincón, junto a unos pupitres apilados, y volví a salir.

El sol ya se había ocultado tras los cerros y la temperatura había descendido súbitamente. El cielo estaba estrellado y la luna a punto de completar su cuarto creciente. Deambulé entre un gentío que entretenía el frío helador con la música de las comparsas y se preparaban para dormir y pasar la gélida noche en torno a un fuego, apenas pertrechados con chullos y ponchos y mantas. Por aquí y por allá, se cumplía con el preceptivo ritual del pago al sagrado *Apu Ausangate*, pidiéndole permiso para subir al santuario. Al cabo de un rato de pasear observando al personal y cenar algo en un puesto, extenuado y dolorido por el traqueteo del viaje, regresé a la escuela, me quité las botas, me metí en el saco de dormir y a la luz de la linterna anoté las observaciones del día. Luego, enrollé el anorak a modo de almohada, dispuesto a pasar la noche sobre el duro suelo de cemento.

Aún estaba oscuro cuando me despertó el ajetreo del personal que se aprestaba a recorrer ya a pie el largo trecho que faltaba para llegar al santuario. Me calcé las botas, recogí mis cosas y salí. Los rayos del sol comenzaban a despuntar por las crestas nevadas. Y no pude menos que quedar impresionado por la larguísima fila de romeros que hormigueaba por las escarpadas y peladas laderas, hasta perderse de la vista unos kilómetros más arriba. El paisaje era duro, pardo, monótono, grandioso. El cielo estaba perfectamente azul, limpio y luminoso. Los rayos del sol intensificaban el contraste con la penumbra que inundaba los

profundos barrancos. Allá, arriba del todo, resplandecían las nieves perpetuas del Ausangate.

Me acerqué a un precario puesto de comida y contraté el servicio de porteo de mis bultos a lomos de caballo. Mientras tomaba un mate de coca y un bollo, revisé la cámara de fotos, los carretes de diapositivas, el magnetofón, las casetes y los cuadernos de campo, dispuesto a registrar cuanto considerase etnográficamente significativo a lo largo de los tres días que estaría en las alturas, para, de regreso al Cusco, transcribir las grabaciones, revisar los cuadernos de campo y ordenar el material resultante para convertirlo en texto etnográfico.

*Cusco, 5 de junio de 1988*

*Hombres cargando cruces de madera, descomunales bultos, vigas y tablones para montar los puestos de venta de comida, enormes fardos de lona, bancos, hornillos, bidones de queroseno, utensilios de cocina, sacos con comida. Conversan en quechua o en español, sin grandes alardes ni gritos, caminando con sumo cuidado para no resbalar sobre las placas de hielo.*

*Aparece la primera de las cruces que señalarán las doce estaciones a lo largo del trayecto. Adornadas con una banda de tela azul, al pie de cada una de ellas se alza un pequeño montículo de piedras formando una hornacina.*

*- Apachetas son, señor – me informa el hombre con el que he entablado conversación.*

*En su interior, los peregrinos depositan trozos de papel escritos con las peticiones al Señor de Qoyllur Riti. Luego, se arrodillan para rezar.*

*(Fotos)*

*Cinco horas después, llego exhausto al manantial del Agua del Señor, última estación previa a la culminación del camino que desemboca en la gran hoya donde se encuentra el santuario. En el manantial, los representantes de cada nación efectúan sus abluciones purificadoras, se visten con la correspondiente indumentaria ceremonial y, precedida cada una de ellas con una imagen sagrada y un estandarte y seguida de sus propios músicos, ocupan su puesto en la cola que ya está apostada ante la puerta lateral del santuario. El resto de los componentes de cada nación se va instalando en el extenso pedregal que se abre a un costado del edificio. Clarean el suelo de piedras y con ellas marcan el territorio de acampada de su comunidad. Durante la estancia, ése será el lugar de referencia de sus miembros, donde comerán, dormirán o simplemente se retirarán a descansar del ajetreo de la fiesta. Más abajo, entre la iglesia y el arroyo, se están montando los tenderetes de comida, bebida y puestos de venta de las más dispares mercancías.*

*(Fotos)*

*Paso al otro lado del arroyo y planto mi tienda próxima a la de dos japoneses que, según me informan, vienen a filmar la fiesta para un museo de Osaka. Luego, vuelvo a cruzar el arroyo y me dirijo al improvisado callejón de tenderetes de comida. A esas horas ya hay gran concurrencia de peregrinos paseando o sentados bajo las carpas de plástico azul, bebiendo, comiendo, conversando. Entro en*

*una y me siento en un rincón a tomar un mate de coca para aliviar el mal de altura, el soroche. Poco a poco, el fuego de los hornillos me hace entrar en calor y mi olfato se va impregnando del olor a queroseno, a sebo quemado, a cilantro; en mis pupilas se imprime el rojo de los ajíes, el verde de los rocotos, las montañas de papas y de cebollas, las cabezas de cordero con los ojos desorbitados y los cuerpos desollados colgando de las vigas del techado. Mis oídos se llenan de la música chicha y de huainos que emiten enormes radiocasetes colgados de las vigas, mezclada con las conversaciones y las risas, con algún destello de dientes dorados enmarcadas en los surcos profundos de las pieles cobrizas. Entablo conversación con mis vecinos de mesa, que yo acabo focalizando sobre la festividad y, tras pedirles permiso, procedo a grabarla en el magnetofón la información que me están dando.*

*(Casetes 5 y 6)*

*Terminada la entrevista, me levanto, me abastezco con una bolsita de hojas de coca para chaccharlas durante la subida al nevado y me sumo al flujo de gente que, junto con las comparsas, accede al interior del santuario. El humo de las velas llena el ambiente en penumbra. Se oye rumor de rezos, eco de pasos, susurros. Conforme van accediendo al interior, los peregrinos hacen sus ofrendas al Señor del Qoyllur Riti y depositan las imágenes que portan junto al altar mayor, bajo la roca sagrada donde se apareció el niño Jesús a un niño pastor. Acto seguido, salen al atrio por el pórtico principal. Allí, cada comparsa ejecuta su danza típica ante el numeroso público que se agolpa alrededor y, una vez concluida, continua el recorrido por el sendero que asciende en dirección al glaciario.*

*(Fotos)*

*-Ahí llegan los ucucos – oigo a mis espaldas.*

*Un grupo de ocho individuos vestidos con pesadas levitas hasta los pies, de las que cuelgan infinidad de hilachos de lana de llama. Llevan pasamontañas cubriéndoles toda la cabeza. A la altura de los ojos, la nariz y la boca, se abren pequeños orificios en torno a los cuales están toscamente dibujados dichos órganos. Cada uno porta un muñequito de lana, de unos veinte centímetros, colgando en el costado, que reproduce la propia figura del ucuco.*

*-Es el wauque, señor - me informa el hombre de al lado.*

*A través del muñequito, de modo ventrículo, los ucucos se dirigen a la gente con voz de falsete, en un tono muy agudo, al tiempo que, encargados de cuidar el orden ritual, hacen crujir unos largos zurriagos y realizan movimientos y gestos bufonescos. Entre brincos y zurriagazos al aire, los ucucos se encaran con los espectadores, les piden comida, les sustraen pertenencias y las cambian de manos. La gente ríe y participa divertida.*

*Me cuelgo la cámara y tomo el sendero que sube hasta el glacial. Unos doscientos metros más arriba, llego al Yanantín, o Roca de la Virgen (foto), una suerte de opuesto al Señor de la Capilla, según infero de las respuestas que me dan. En este punto, las comparsas giran a la izquierda y regresan por un camino paralelo al anterior que va a desembocar en la portada lateral de la iglesia, a la que vuelven a entrar y salir de nuevo por el pórtico principal, para ejecutar su danza y repetir una y otra vez el mismo itinerario ritual, que ya no se verá interrumpido en ningún momento durante los tres siguientes días con sus noches.*

*Sigo la vereda con la intención de subir hasta el glaciar, hacia donde se dirigen los más avezados para rezar junto a la cruz que hay clavada en el centro de la lengua de nieve que preside el valle. De paso, veo en una amplia explanada numerosa gente agachada aquí y allá levantando pequeñas construcciones con piedras. Me acerco entre curioso y sorprendido por lo que veo. Un joven está a punto de terminar un cercado de un metro cuadrado aproximadamente. En su interior, en una esquina, ha colocado cuatro lascas de unos veinte centímetros de altura y las ha cubierto con otra más grande, a modo de techado. En la esquina opuesta, hay una vaquita y un chanchito de plástico.*

*- Es una granjita, señor – me responde, y me siento sobre una piedra para grabar las respuestas a las preguntas que me va dando sobre lo que allí acontece.*

*(Fotos)*

*Poco más allá, una muchacha está sentada junto a una edificación de dos plantas, de unos treinta centímetros de altura. En la fachada principal hay un letrero: “Peluquería Jeny”. Enfrente, una señora está sentada dentro de su cercado.*

*- Espero a los albañiles para que me hagan mi casita – comenta con la vecina desde el cercado de enfrente.*

*(Fotos).*

*Calle arriba, un joven levanta un edificio de medio metro de altura dividido en tres plantas, culminado con una lata de conserva vacía colgada en un palito de madera. Me agacho y leo: “Radio Pucyura. 100 Mhz”. Al lado, una madre y su hija están sentadas en el suelo, dentro de un cercado apenas más grande que el lugar que*

*ocupan sus cuerpos. Me dicen que están guardando la propiedad. “Hay hartos robos últimamente”.*

*(Fotos).*

*La gente conversa entre sí con total naturalidad, como si de un vecindario real se tratara.*

*En la calle de al lado, un hombre efectúa el pago por la compra de una vivienda a su propietario, con papeles que arranca de un cuaderno escolar cortado en tres partes horizontales.*

*- Son cheques, señor. Se consiguen allá abajo, en el banco. – Señala con la mano una cola de gente delante de lo que parece ser un aprisco de llamas circunstancialmente adaptado para la función bancaria. Me acerco.*

*(Fotos)*

*La gente hace cola a la espera de su turno. Tras el muro de piedra que hace de mostrador, dos individuos rellenan los cuadernos escolares que harán de chequeras. Uno de los japoneses está filmando a un empleado bancario que muestra a varios talones. Banco del Perú. Mil intis; Banco del Perú. Dos mil intis; Banco del Perú. Diez mil intis. Soichiro retira el visor de su ojo y me dice que ha terminado por ahora. Los dos echamos a andar por la orilla del arroyo, tratando de salvar las placas de hielo que el sol aún no ha acabado de descongelar.*

*- Fascinante ¿verdad? – me comenta Soichiro.*

*- Sí. ¿Conoces el significado de todo esto?*

*- No. Yo sólo registro lo que ve mi cámara.*

*- Pero tu cámara sólo capta la apariencia externa.*

*- Igual que tus ojos.*

- Bueno, yo converso con la gente para buscar explicaciones y comprender de qué va todo esto. ¿No crees?

Al no oír a Soichiro, vuelvo la cabeza y lo veo de espaldas, acucillado, filmando algo en el suelo. Me acerco y miro por encima de su hombro. Sobre la superficie helada de un charco, un romero anónimo ha subido hasta un santuario situado a casi cinco mil metros de altitud para materializar su exvoto al Señor del Qoyllur Riti, edificando una elemental casita con placas de hielo. (Foto) Las delgadas lamas transparentes aún conservan la marca de las briznas de hierba que el frío de la noche ha apresado en el agua congelada. Los rayos del sol inciden sobre las paredes cristalinas y se refractan en el interior produciendo un delicado crisol de suaves colores. De los aleros del tejado caen gotitas de agua. Un par de minutos después, la casita de hielo ha desaparecido fundida en el charco, dejando suspendido en el aire límpido y frío el cumplimiento de un deseo. El corte del zumbido de la cámara rompe la magia del momento. Un estremecimiento me recorre la espalda.

- Discúlpame. ¿Qué me decías? –prosigue Soichiro.

- No importa- respondo.

Retomo el sendero camino del glaciar para acceder hasta la cruz enclavada en el centro de la enorme lengua de nieve. El trayecto se hace cada vez más escarpado y abrupto. Saco algunas hojas de coca y comienzo a chaccharlas para aliviar el soroche. Tomo todo el aire que puedo y avanzo hasta que, por fin, pongo el pie sobre la masa de nieve, ya pisoteada y sucia por el trasiego de peregrinos. La cruz de madera queda a unos treinta metros. Dos ucucos descapuchados rezan arrodillados ante ella. (Foto) Extenuado, me siento sobre una

*roca saliente situada al borde del glacial. Noto el efecto relajante de las hojas de coca en el ritmo de mi respiración.*

*El sol en su cenit ilumina el inmenso valle coronado de majestuosos picos nevados. Allá abajo, diviso la numerosa masa de peregrinos que rodea el santuario. (fotos) La brisa trae hasta mis oídos oleadas de músicas confundidas de las comparsas. La cifra de diez mil peregrinos que me habían dicho ya no me resulta exagerada.*

*Contemplo complacido y emocionado lo que en ese momento se me representa como una antropológica representación wagneriana, en la que un multitudinario y variopinto elenco de personajes interpreta un libreto que dice de sus dramas, sus creencias, sus sueños, sus deseos, sus miedos: maneras de vivir su condición humana. Una obra magna en la que yo interpreto un personaje único, extraño, exótico, que tiene por cometido registrar, elaborar, teorizar, al dictado de una ciencia que se arroga a sí misma la validez última de la interpretación y la explicación del Otro. Y vuelve a invadirme la misma pregunta que me ha surgido mientras contemplaba el deshielo de la casita filmado por Soichiro, y ya no ha dejado de acechar mis pensamientos: hasta qué punto seré capaz de explicar lo que está aconteciendo aquí, sin tergiversar ni traicionar el modo en que ellos lo conciben; hasta qué punto podré llegar a decir que los comprendo, si ellos no se sienten comprendidos por mí.*

De regreso a Madrid a finales de aquel año, me dispuse a escribir la monografía correspondiente al trabajo realizado en los Andes, dando por obvio que trataría mi experiencia etnográfica siguiendo los mismos preceptos empleados en mi anterior monografía: objetividad, realismo, rigurosidad,

evitación de sesgos personales, mirada distante: ciencia antropológica. Conque “Manos a la obra”, me propuse, una vez concluida la transcripción de las últimas cintas y terminar de organizar el contenido de los cuadernos de campo, sentándome frente a la pantalla del ordenador.

“Introducción”, tecleé. Uno, dos, tres, cuatro, cinco espacios de interlineado, *Enter* y, con las yemas de los dedos rozando el teclado y el cursor en intermitente espera, me dispuse a buscar una idea con la que dar inicio a mi nueva monografía. Pero en lugar de una frase introductoria, en mi cabeza surgió una condicionante, seguida de una secuencia de interrogantes: si había de atenerme disciplinadamente a los principios de objetividad, neutralidad, distancia personal, ¿qué papel me tocaba a mí interpretar en ese guion?, ¿dónde quedaba mi propia experiencia personal? ¿dónde los dilemas que se me habían presentado, los que había sabido resolver y los que no? ¿dónde las dudas que me habían surgido sobre el alcance y los límites la profesión que había elegido?

“Publica tus diarios de campo”, me sugirió un colega posmoderno al término de haberle expuesto mis preocupaciones, la cual de inmediato descarté, justamente por la razón contraria que me había llevado a poner en cuestión el ninguneo de mi particular experiencia que me imponía el canon disciplinar: demasiado exhibicionismo autorial, sin interés académico ni editorial.

“Haz entonces como Lévi-Strauss con su libro *Tristes Trópicos*”, me propuso una compañera del departamento. Le

respondí que ya había sopesado la posibilidad de una autoetnografía, pero que lo que yo pergeñaba en mi cabeza no encajaba en ningún Tristes Andes que me valiera. Yo necesitaba un modo de escritura que no me obligara a someter los hechos etnográficos al modelo estándar del género ensayo; una forma de relato que me permitiera recrear personajes y tramas que se me aparecían difuminados o inexpresivos encuadrados en rígidos marcos teóricos; una forma de escritura que hiciera posible no ya reproducir tiempos y espacios, personas, escenarios y escenas, acciones, tramas y diálogos entrecomillados, sometido todo a un rígido guion disciplinar, sino que, sirviéndome de los materiales etnográficos rigurosamente recogidos durante el año de trabajo de campo, me permitiera conjugarlos con esos otros planos que no encajaban en una escritura realista. Necesitaba imaginar, con una libertad de forma y de estilo que no me ofrecía el género del ensayo, combinaciones de ideas que, aun no reflejando estricta verdad empírica, no por ello dejaban de contener verdad antropológica.

El dilema que se me presentaba ahora era qué iba a pintar yo en el relato de mi propia experiencia etnográfica y cómo pintarla. Descartada la autoetnografía, la ficción se me venía insinuando, si bien de modo difuso, a veces confuso, por momentos imposible, como una vía que podría dar forma a los asuntos que pergeñaba en mi mente. Entonces me surgía una nueva interrogante: ¿Qué pintaba un antropólogo escribiendo ficción antropológica?

Vino un tiempo con el ‘Y cómo la pinto’ soliviantando mi conciencia profesional, que procuraba apaciguar con la publicación de artículos al uso para cumplir con el deber académico, temiéndome del lío en que me metía si me aventuraba a romper la disciplina a la que me debía, amén del precioso tiempo que me robaría semejante tarea, tan ajena a mi formación y mis conocimientos, para seguir nutriendo el currículum vitae y, sobre todo, el riesgo que corría mi credibilidad personal si al cabo de meses de esfuerzo, seguramente años, no conseguía culminar con un producto leíble que justificara mi acto de indisciplina.

En esas cuitas andaba cuando, iniciado ya en la práctica del yoga y la meditación zen, me dispuse a realizar una semana de retiro de silencio bajo la orientación de Bob Stahl, uno de los popes de la práctica del Mindfulness, en línea con Jon Kabat-Zinn, el de la frase “A donde quiera que vayas, ahí estás”. Junto con una cincuentena de meditantes más, yo me fui para estar en un apartado monasterio, con la intención de realizar un retiro de silencio durante siete días, con sus veinticuatro horas, sin pronunciar una sola palabra, incluidas las tres comidas diarias, en las que había que ejecutar mínimos gestos para solicitar pan o agua a los compañeros de mesa.

Fuera de las horas del sueño, la práctica de la atención plena consistía en estáticas sentadas de cuarenta y cinco minutos cada vez, de siete y media de la mañana a diez de la noche, con sendas charlas diarias del maestro sobre la atención plena y de sus respuestas a preguntas previamente

escritas en un papel por los allí presentes, además de mantener atención plena en cada actividad que se realizara aparte de las sentadas, ya fuera duchándose, lavándose los dientes, comiendo o caminando por los jardines. Acción esta que, por más atención que ponía yo en cada paso ejecutado a cámara lenta para percibir el sutil contacto de la planta de mi pie con la tierra, desde el talón hasta la punta de los dedos, mi cabeza andaba ocupada con no perder el equilibrio inestable que me provocaba el mantenerme con un solo pie mientras el otro cursaba leentamente en el aire. Durante las comidas, masticaba cada bocado con parsimonia, una vez, y otra, y otra, tratando de concentrarme en las sensaciones que provocaba el bolo de comida en mis papilas gustativas, hasta que la premonición del asco me obligaba a tragarlo para evitar las náuseas.

Por más que lo intentaba, no dejaba de sentirme un observador participante del comportamiento de mis compañeros de silencio, ya fuera merodeando con la mirada cada mínimo gesto y cada postura desde el asiento que yo había elegido en la última fila de la sala de meditación, preguntándome qué estaría pasando por la mente de esta o de aquél, o durante las caminadas por los jardines, espiando disimuladamente las poses a cámara lenta de los demás. Por más afán sin empeño que ponía en concentrarme, no podía dejar de registrar cada detalle de las liturgias del silencio. Y de tanto en tanto, de forma recurrente, mi dilema: que si ensayo que si ficción.

Hacia el quinto día, me llegó el turno de la entrevista con el maestro para plantearle dudas personales, la cual aproveché para exponerle el modo en cómo concebía yo la práctica de la meditación, próxima a la idea de contemplación expuesta por Henry David Thoreau en su libro Walden, y la dificultad que ello me suponía para la práctica correcta de la atención plena sin descuidar el protocolo del Mindfulness. Bob me escuchó con una amable y plácida sonrisa mientras le contaba mi dificultad para mantener sincronizado el 'aquí' de mi cuerpo con el 'por ahí' de mi mente durante las estáticas sentadas y las lentas caminadas, y que, en los cortos lapsos de tiempo en que lo conseguía, tenía la impresión de que semejante estado, experimentado por mí como impostado y rígido, obstaculizaba el espontáneo y natural fluir de las cosas. Sentía por el contrario que, sentado en una postura menos hierática, sin prestar especial atención a los pormenores de mi cuerpo ni vigilando el libre divagar de mis pensamientos, paseando por los jardines en sosegada contemplación del entorno, desde la abeja libando en la flor hasta la brisa meciendo la copa de los árboles, escuchando los sonidos que acompañaban el silencio humano imperante en el lugar, dejando que mis ideas y mis emociones volaran en alas de la imaginación, todo, y yo fundido en ese todo, fluía en la plenitud del aquí y el ahora. Bob, con su corpulenta bonhomía y espontánea naturalidad, tan distinta al hieratismo ceremonial de los maestros zen, se limitó a proponerme que no hiciera un problema de mis pensamientos, simplemente que los observara y no me preocupara si eran buenos o malos ni que los forzara a pasar.

Se levantó, me dio un cálido apretón de manos y con un “Nice to meet you” me despidió, dando paso al siguiente meditante.

Esa tarde, en la sesión dedicada a responder las preguntas escritas formuladas por los asistentes, Bob dedicó los últimos minutos de su intervención a explicar que, más allá de la observancia de los protocolos formales del Mindfulness, cada cual debía llevar la práctica de la atención plena del modo que mejor se adecuara a su propia personalidad. Y orientando su mirada hacia el fondo de la sala, cuando se encontró con la mía, concluyó: “Cualquier forma de rigidez física o tensión mental en la práctica de la atención obstaculiza su plena realización”. Bob me sonrió y yo le correspondí con otra sonrisa y una sutil afirmación con la cabeza en señal de reconocimiento. Acto seguido, el maestro hizo sonar la campanilla para dar inicio a la siguiente sesión de meditación. Cerré los párpados y dejé que mis pensamientos volaran por donde quisieran, sin cortapisas, sólo observándolos, sin juzgarlos ni entorpecerlos.

Tras varios rodeos por los más dispares e inconexos escenarios mentales, el desordenado flujo de mis pensamientos trajo a mi atención al dilema de la escritura. Solo que esta vez, seguramente por efecto de las últimas palabras de Bob Stahl, ya no percibía la dicotomía entre el ensayo y la ficción como una dualidad antitética que me veía obligado a resolver en un sentido u otro de modo excluyente, sino como una posibilidad híbrida con la que podía dar forma a mi experiencia andina de modo satisfactorio, sin tener por qué renunciar a ninguno de los dos géneros de escritura. Si,

como ahora veía con sorprendente claridad, el modo natural que mi mente tenía de vivir y revivir mis vivencias consistía en un “aquí” de mi cuerpo, allá donde se encontrara, conciliable con el “por ahí” de mi imaginación, allá por donde divagara, y que ese estado no solo no me generaba conflicto, sino que, bien focalizado, me proporcionaba una clarividente disposición para observar, reflexionar y analizar, mas también para crear y recrear y finalmente comprender, ¿qué problema había con intentar aunar el ensayo y la ficción? “Ninguno”, resolví, dispuesto ya a apostatar de la ortodoxia escolástica que me obligaba a elegir entre el dios de la teoría y el diablo de la ficción. Al fin y al cabo, me reafirmé, todos los hechos han de ser previamente imaginados para que puedan ser descritos y escritos, cualesquiera que sean las premisas de partida y del modo con que se proceda a su realización.

Me metí de lleno en lecturas sobre teoría y técnica literarias y me lancé a la incierta tarea de pergeñar estructura, tema, asuntos, guion, personajes, caracteres, tiempos y ritmos, tonos, estrategias, escenarios, pasajes y paisajes, reflexiones, emociones, tensiones, tramas y diálogos, o sea, los materiales de los que está hecha la vida humana, para escribir una suerte de antropología novelada protagonizada no tanto por mí como por mis cuitas disciplinares, consciente del riesgo que corría sustituyendo la química del ensayo por la alquimia del ensayo-ficción, y que el resultado de mi aventura acabara en una mala suerte de ni antropología ni novela. Con todo, y en conformidad con la sentencia de Jon Kabat-Zinn, me atraía y convencía plenamente, la posibilidad de llegar a estar, en

plenitud de cuerpo y mente, en el lugar a donde mis pasos me habían llevado: el aquí del ensayo y el por ahí de la ficción.

Me puse a ello, con la tranquilizadora convicción de que, cualquiera que fuese el resultado final, incluso aunque fuera fallido, los derroteros que me condujeran al fracaso literario comportarían en su propio recorrido un positivo y sumamente enriquecedor aporte de conocimientos, tanto de antropología como de literatura, amén de mis alcances y de mis límites. Después de todo, me argumenté, la antropología, como cualquier otro corpus de saberes, no se conoce a fondo solo atendiendo a sus fundamentos académicos; también, y acaso obligadamente, sometiéndola críticamente a patrones divergentes y hasta contrapuestos. Como sin duda lo son el ensayo y la ficción.

¿O no?...

Oaxaca, México, 7 de mayo de 1995

## **El ladrón de mitos. Novela antropológica**

### *Capítulo I*

*Recuerdo el momento en que se trastocaron mis planes para el verano y, quizás, como estaba a punto de comprobar, para el resto de mis días. Entré en el despacho, me dejé caer en el sillón y cerré los ojos para relajarme un rato antes de salir de la Escuela. Había asistido a la última reunión de departamento y no me encontraba con ánimos para bajar al ágape de despedida del curso. Cercano el final de mi vida profesional, consideré que ya había soportado demasiadas liturgias académicas y no tenía por qué hacer más concesiones que las estrictamente necesarias; las justas para que no se notara demasiado la distancia anímica, también intelectual, desde la que de un tiempo a esa parte venía contemplando la última etapa de mi vida académica que, no obstante, iba a culminar a la vuelta del verano con mi nombramiento como directora del departamento de Antropología. Bien a mi pesar. La propuesta llegó sin yo buscarla y sin corresponderme. La verdadera razón que había influido en la decisión de algunos que me apoyaron obedecía a un sentimiento de deuda y culpa instalada en sus conciencias, que les indujo a ver en mi designación una forma de reparación con otra*

*persona. Sólo por eso acepté, con la conciencia de que, con todo, iba a ocupar un puesto que no desmerecía. Nadie podía negar mi entrega total a la Antropología, ni siquiera quienes reprochaban a mis trabajos una base teórica obsoleta. Empeñosa como siempre he sido, realicé un considerable esfuerzo de aggiornamento teórico. Hasta que acabé por convencerme de que las teorías que con tanta seguridad sustentaban mis críticos estaban ineludiblemente condenadas a sufrir el mismo mal que las mías: el paso del tiempo. También a ellas les llegará su hora y serán sustituidas por otras nuevas, cuyo mérito no consistirá en ser mejores para comprender al ser humano; tan sólo más apropiadas para que, quienes en su momento las asuman, hagan lo que han venido haciendo todas y cada una de las generaciones de antropólogos precedentes: servirse de ellas para pensarse en su mundo.*

*Abrí los ojos y comencé a supervisar la correspondencia que me habían dejado sobre el escritorio: una carta de un colega, dinosaurio como yo, incapaz de adaptarse al correo electrónico, una invitación para impartir un seminario en la Universidad de Burdeos, novedades editoriales y otra carta que reclamó especialmente mi atención. Estaba dirigida a la Profesora Yvonne, así, sin apellido, Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París, sin calle ni código postal y sin remite. Miré el matasellos y al comprobar su procedencia, Cuzco, Perú, el corazón me dio un vuelco. Me quedé paralizada, notando cómo me corría el sudor por la sien. Con un leve temblor en las manos, rasgué el sobre y saqué una hoja plegada. Solo ponía: Hotel Corihuasi. Cuarto n° 1. Cusco.*

*“¡Está vivo!”, estalló en mi cabeza, para, de inmediato, descartarlo. “No puede ser, me dije, Cayetano habría puesto mi*

*nombre completo. Además, él no habría mantenido un silencio tan doloroso durante todo este tiempo. Sin embargo, quien quiera que haya enviado esta carta, lo conoce. O lo conoció”, me sentí obligada a corregir.*

*Vino a mi memoria el día que, años atrás, recibí el fax de la Embajada de Francia en Perú, en respuesta a mi solicitud de información sobre mi amigo y colega. La última me la había proporcionado él mismo desde Lima, cuando me telefoneó para informarme del atentado de Sendero Luminoso que había costado la vida a Lucho, nuestro común compañero de los tiempos del doctorado en París. Ya no volví a saber de él. Llamé al Instituto de Antropología de Cuzco, con el que tenía constancia de que Cayetano había mantenido contactos, y me confirmaron que hacía tiempo que no regresaba por allí.*

*Al poco de iniciar mis pesquisas, la Embajada me enviaba una carta con el fatal DESAPARECIDO con el que oficialmente se había cerrado el caso. Un dictamen que en cualquier otro lugar del mundo habría supuesto un resquicio abierto a la esperanza, pero no en el Perú violento de aquellos años, y mucho menos en un lugar perdido de los Andes. Desaparecido quería decir asesinado a manos de la guerrilla senderista, del ejército, de los narcotraficantes, de quien fuera; significaba que su cadáver estaría sepultado junto a otros cadáveres anónimos en alguna de las innumerables fosas comunes que minan el paisaje andino, como así había puesto de manifiesto la Comisión de la Verdad constituida en Perú para tratar de esclarecer el horror que imperó en el país durante más de una década. Cuando me enteré de la existencia de la Comisión, contacté con su oficina en Lima. Me dijeron que aún no habían empezado la investigación en el*

*departamento de Cuzco. Meses después, abandoné toda esperanza de volver a verlo con vida, cuando leí el informe final que la Comisión publicó en Internet. Cayetano Aljamia había pasado a ser uno más en la lista de los 69.280 muertos y desaparecidos en el Perú de los terribles años ochenta.*

*Dos años después de su desaparición, recibía aquella inquietante misiva. No lo dudé ni un segundo. De camino a mi casa compré el billete y embarqué en el primer avión a Lima, donde tuve que hacer noche para al día siguiente tomar el primer avión a Cuzco. Pedí a la recepción el número de teléfono del hotel Corihuasi y llamé para hacer la reserva para la noche siguiente. Y no pude menos que quedarme profundamente desconcertada cuando di mi nombre al conserje y, tras unos segundos de silencio, este me confirmó que ya tenía reservado el cuarto número 1.*

*(...)*